

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

EL DILEMA DE LA GUERRA

Por Gonzalo Zaldumbide

El último libro de Francisco García Calderón es uno de los tres o cuatro grandes libros de ideas sobre la guerra. No me sorprendería el verlo calificado por los competentes como el mejor y más fuerte de entre ellos. En ninguno quizá como en éste, palpita, vive y sangra, la filosofía de la catástrofe. En esas páginas densas cargadas de lo inevitable, se siente pesar en verdad la invisible lógica fatídica, el sino de la tragedia, desde sus orígenes subterráneos y su milenaria acumulación, hasta su concomitancia con estas distantes implacables. Mas si siente el ánimo oprimido todo el agobio, la angustia crepuscular de este ocaso de siglos, al terminar la lectura percíbase la distante, la planetaria gravitación de las ideas que van rigiendo en el caos el advenimiento de un "novus saeculorum ordo".

En este libro ingente y sostenido, el autor donde no los sobrepasa en fuerza lúcida y rauda, va por lo tanto de par con los Ferrero y los Benda, vale decir con los maestros mejor preparados y más soberanamente inteligentes. Extraordinaria cosa que un intelectual sudamericano haya podido llegar a este dominio de Europa y del mundo moderno a esta resonancia como de énfasis exceda en que repercuten las voces universales. Y más de admirar aún, que este perfecto europeo, continuando en ser por lo alto un auténtico latino-americano, no guarde rezago ninguno de la inferioridad nativa. Hay actualmente en América algún otro que se halle a esta altura de pensamiento y doctrina?

A quienes conocíamos desde antes su don genial y su estupenda preparación, nada puede en verdad asombrarnos. Desde mozo, allá en su Lima indolente, se alzaba ya a otear el mundo, vivía como al atisbo de indios significativos y apresuraba a inquirir el curso definitivo de las corrientes espirituales. Su inteligencia impetuosa, como privada en su propio suelo de aura vital, reclamaba la comunión en el centro de donde irradiaba todo saber. Vinose entonces acá. Y no hubo iniciación más rápida ni más cabal, asimilación más total ni más consubstancial. Fue quizá el primer americano del sur que con tanta decisión y felicidad se internara tan adentro en la ideología contemporánea. De regiones intelectuales antes no holladas por los nuestros, mandaba a América el relato maravilloso y sustento. Era nuestro Adelantado. Sus libros, breves sumas precisas y urgentes, apretados haces de cosechas desbordantes, llegaban a América cargados del pensamiento de Europa. Como en la edad colonial la llegada de los galeones, así muchos esperaban la de sus libros para orientarse y saber por dónde iba el mundo pensante.

No es aquí el lugar de estudiar esos libros que eran como la alegre relación de lo que para muchos equivalía a descubrimientos y atrevidas exploraciones sociológicas y metafísicas; ni tampoco el de hacer un estudio de su calidad de espíritu, estudio que bien pudiera llamarse desde luego: Francisco García Calderón o la pasión de comprender... Pasión de comprender por comprender, amor de las ideas generales, necesidad de alforas para dominar el vario conjunto de la vida, exigencia vital de espacio para impetuosa y vastas generalizaciones. Hay en él una especie de urgencia, un ardor que sólo se nutre de lo esencial, un tenaz empeño de hacer síntesis de síntesis. Si alguna vez sirvió de intermediario entre el "profanum vulgus" y la alta ciencia, fue a la manera de un Fontenelle, de un Fontenelle que se ardiese del don transfigurador y personal del estilo. Si

expone ideas ajenas no es para enseñarlas, ni tampoco para analizarlas o criticarlas; sino más bien para revivirlas, y antes en espíritu, que no a la letra. Por realizarlas a su valor máximo, hácelas suyas mientras las expone, así sean las más diversas y contrarias. Y con calor tal de comprensión íntima que a veces uno se pregunta si es su opinión o la de otro la que exalta su acento jadeante. Su manera es, desde luego, algo más que mera probidad de expositor fidedigno. Entra, como se diría aquí, "dans la peau" del personaje, del autor a quien se sustituye con celo animador y pronto. Su opinión, la suya propia de verdad, por ahí la suelta a menudo, con elegante desprendimiento, y pasa sin insistir. Porque, lo que le mueve, no es espíritu alguno, de proselitismo.

En las diversas ideologías no es tanto la verdad en sí, acaso inaccesible, quizá sí en el fondo indolente, (pues que no habrá de cambiar el dolor de vivir y morir), lo que le preocupa, cuanto las pasiones del ánimo que los hombres despliegan en su busca o en su imposición. En la violencia matriz de las convicciones, y como si dijéramos su poder destructor o palinodésico, lo que le interesa, y acaso más que ellas mismas. Por lo mismo sus exposiciones, aunque voluntariamente despojadas, apretadas, esenciales, no son ocultas ni frías. Anímalas una relampagueante viveza de inteligencia, una especie de embriaguez lúcida, más parecida a un lirismo ferviente que no a una enteca manía de saber. De ahí aquel como ahínco que las dramatiza, intelectualmente; y que su rápido estilo, abstracto y patético a un tiempo, hincó su nervio y su fibra en el epíteto exasperado de fuerza interna.

Pero todos sus libros y estudios anteriores han sido sólo ensayos para el vuelo, para el inmenso vuelo de ahora. Necesitaba en verdad de espacio. Es su tendencia congénita la de ir de síntesis en síntesis como de "cumbre en cumbre". La indefinida vastedad de un mundo en formación le tentó ya con la inmensidad de su devenir, y escribió entre otros el libro bien llamado "La creación de un continente". Asunto más desmesurado vino a ofrecerle el choque final de dos mundos a que hemos asistido sobrecogidos. Justamente, su preparación se hallaba en concordancia inaudita con el conflicto tremendo. Pocos como él habían ahondado tanto, de antemano, en el sentido de la civilización, y visto cuanto había en ella de sombrío, de crepuscular, como él dice. Vehemente, grave, a menudo habló de motivos de ansiedad y desasosiego espiritual. Más de una vez su espíritu presagioso se mostró lleno de expectación. Y ha resultado profeta en más de una previsión.

Aquí, su imparcialidad de espejo reverberante, su fuerza de expositor dramático, se alza, en amor a Francia, a la justicia definitiva. Presenta el dilema en toda su severidad, sin quitar razones ni grandezas a uno de los extremos de la disyuntiva. Pero la clara razón domina, y corona el volumen un himno a la ciudad guardiana de su culto.

Era preciso que escribiese esta obra como para descargarse de tanto como sabía. ¡Prodigiosa cantidad de cosas, la que sabe este joven maestro! ¡Y cómo nos las da, aligeradas por sus razones veloces! No es posible dar aquí razón del contenido de un libro en que se siente girar un vértice de naciones. Su autor se ha sobrepasado, feliz de soltar todo su ímpetu, seguro de dominar el vértice de la vorágine.

García Calderón. "Le dilema de la guerre". B. Grasset, París.

LE PETIT PALEMON

D'Albert Samain.

Palemon, el pequeño, que ochenta y cinco años cuenta apenas sostiene un macho cabrío sumiso a duras penas, y lo obliga a correr por el huerto riante, mas súbito se para y se enlaza valiente cuerpo a cuerpo en la lucha; el cabrío se esfuerza, doblegándole el cuello que se yergue rehacio y evitando los cuernos, lo coque despacio, fiero, encarnado, torvo como un pequeño diablo a encerrarlo obediente en el próximo establo. Y Lysidé, su madre de bellas trenzas de oro, con un niño en los brazos que cuida cual tesoro, se regocija al ver su fuerza y su destreza; le llama y sonriente enjuga con ternura su frente sudorosa, sus mojados cabellos y en maternal orgullo fulgen sus ojos bellos.

J. A. Falconi-Villagómez.

"Au Planc du Vase".

RUEDA, EL PRECURSOR



SALVADOR RUEDA

Ultimo retrato del insigne poeta, hecho durante su reciente visita a México.

De la lejanía mexicana nos llega el eco de resonantes éxitos, de clamorosas ovaciones, de poéticas fiestas en las que las damas forman corte de un poeta español; corte un poco a la manera provenzal y un poco con el rito de convencionalismos literarios. Es Salvador Rueda, que goza como un dios faunescos, agitando la exuberante copa del árbol de su gloria—hermoso roble o colosal castaño o cedro aromoso—. En el bosque umbrío de la lírica castellana, cuando se estrema el recio tronco rudesco, cuyas raíces retoñan más o menos disimuladamente en tantos otros árboles o arbustos o simples matojos, se produce una grave consternación. Las musas palidecen, las claras fuentes suspenden su cantarín gorgoteo, las aves huyen desparvoridas, trocando sus dulces cantinelas en graznidos espantables; el viento cesa de rimar su murmullo de misterio en las hojas temblorosas, y los poetas, interrumpidos en sus delirios, relativamente apacibles, se miran consternados, y tras algún que otro taca, que también Apolo se las ha, exclaman: "¡Pero este Rueda...!" Y este Rueda, combatido ayer y desdénado hoy, es, señores vates de la moderna traza, el único de vosotros que siente la noble inquietud de zardear el alma de la raza, aquí dormida, allí desorientada: acá caída en las abyecciones de la ineultura, allá metida a barragana de yanquis y galos...

Este Rueda es, sin duda, el precursor y el renovador.

Cuando la lírica castellana no tenía más horizontes que la excesiva llaneza prosaica en que caían los parodistas de Campoamor, o la aldisianencia enfática en que se confundían los seguidores de Núñez de Arce, comenzó Salvador Rueda, desde las columnas de El Globo, ya bastantes modestas, y desde su cuchitril de empleado en las cochueles del antiguo ministerio de Ultramar, a deslumbrarnos con sus rimas nuevas y sus prosas, donde, a todo meter, el supuesto sol de Andalucía, tan pálido como a nosotros, como el de la patria Castilla, y los cielos azules y la paludicencia de flores y ojos y labios y montañas y albahacas nos llenaban los ojos de chirititas.

Es el colorismo, se nos decía; un colorismo que perdía mucho de sus fulgores cuando se trasplantaba fuera del vergel andaluz; pero en aquella vulgaridad literaria del decenio de 1880 a 1890, aquel colorismo era la renovación. Rueda parecía tan humilde, tan poquita cosa, con sus ojos fulgurantes y su palabra cálida, en su cuchitril de burócrata, que en vano escribía y peroraba sobre la nueva Estética, sobre su Estética, que ahora resucita una revista en los Estados Unidos. Admirándole todos, porque a la fuerza ahorean, nos resistíamos a creer que él fuese el Mesías. Y, sin embargo, niños aún, era en el cálido entusiasmo que emergía de la apasionada y fervorosa literatura de Salvador Rueda donde se forjaban los nuevos escritores. En Adolfo Reyes y en el buen Vicente Blasco Ibáñez de la primera época está clara y precisa la huella de la

renovación de Rueda; esta, acaso, en la gestación inicial de los Quintero, donde críticos desapasionados de mañana depurarán una de las más admirables interpretaciones del alma española y una de las más bellas y puras fuentes de emoción literaria de esta edad.

Recundación de Rueda; esta, acaso, en la gestación inicial de los Quintero, donde críticos desapasionados de mañana depurarán una de las más admirables interpretaciones del alma española y una de las más bellas y puras fuentes de emoción literaria de esta edad.

REBELION

Las cosas no se pierden: se esconden.

Todos habéis observado cuando se os cae un botón, una joya, un objeto cualquiera, que éste va a ocultarse siempre debajo de los muebles, especialmente en aquellos rincones de sombra de donde es más difícil sacarlo.

Desde allí os asocia, ve que le busquéis y parece reírse de vuestro esfuerzo.

Mientras vosotros rastreadis casi congestionados, él se aconchuga, se pega a la pared; se diría que apaga su brillo metálico para que no lo veáis.

Hay ciertamente en los objetos de nuestro uso una rebeldía, una indisciplina de que no nos damos cuenta, sino aguzando los sentidos.

Son nuestros esclavos, pero por fuerza. El metal o las sustancias que hemos empleado para construirlos, alienta misteriosamente el deseo de represarla.

Las tijeras o la aguja están esperando el primer descuido para pincharnos.

El cortaplumas hace todo lo posible para que lo dejemos abierto en el bolsillo.

El afiler prendido saca la punta dispuesto a arañar.

Se trata de una verdadera conspiración tanto más terrible cuanto más silenciosa.

Antes de morir podrido de herrumbre el metal de los utensilios se venga: la cacerola de cobre nos envuena, el cuchillo de mesa nos corta, el cascante nos machuca...

Hay objetos que con una paciente labor acaban por hacer un agujero en los forros del chaleco, especialmente los cortaplumas, lapiceros y limpiapiés. Por allí se escabullen, y se sustraen así temporal o definitivamente a nuestro dominio.

A veces, cuando ya no los buscamos, se hincan hasta formar un bulto que nos molesta, y así parece decirnos: "¡Aquí estoy tonto!".

Entonces empieza la cacería: nuestros dedos tantean el doble espesor de la tela, y los pícaros se esconden de lo lindo.

No hay manera de hacerlos salir por donde han entrado...

Señal ser preciso abrir un nuevo agujero en el forro, o ahondar desesperadamente el primero.

Al fin vencemos, pero ¡con cuánto esfuerzo...

Y a la primera oportunidad el espíritu ágil, refractario y sutil de los metales sugerirá una nueva escapatoria...

Así posee el hombre lo único que juzga poseer mejor; lo que, cándidamente, llaman "la materia inerte".

Y aún pretendemos enseñorearnos de entidades o cosas menos sumisas aún: del aplauso de las multitudes de la voluntad de un amigo o del corazón de una mujer...

Amado NERVO.

EL EPISTOLARIO DEL POETA

CARTA DE UNA INCOGNITA

Medardo Angel Silva:

No te conozco, pero desde que he leído tus versos, eres el poeta de mi predilección. Esos versos empapados de tristeza, que tantas veces me han hecho llorar. ¡Cómo fuera tu amigo, para pedirte que me dediques unos de esos versos tristes que tú haces! Te contaré mis penas para que tú las cantaras, ya que yo no puedo hacerlo porque soy ignorante y no puedo expresar lo que siento, como tú lo haces, en ese lenguaje precioso que parece una música celeste.

He leído tu novela "María Jesús"; ¡qué bonita! Pero me ha puesto triste porque ha hecho revivir en mi corazón una herida que comenzaba a curar. He encontrado en la historia de tus amores mucha semejanza con la historia de los míos... También como tú, llevo el alma enferma por los recuerdos de un amor imposible, de un amor que nadie sabe, porque no ha tenido otros testigos que el agua y el cielo, pero no las aguas de un manso río como en el que se reclinaban las estrellas que tú María Jesús quisio cojer, sino el mar inmenso en el que solo se reflejaba el sol moribundo. También como tú, guardo unas flores; no un jazmín como el que tú María Jesús ocupaba en señalar las páginas del libro que leía sin un manojito de pensamientos desecados en las que mi amado había escrito mi nombre unido a esta súplica: "Amame más que ahora"...

Guardo también unas cartas y un retrato, que al mismo tiempo que mi tesoro, son también mi tormento. En esas cartas está la historia de mi amor. Si yo pudiera pensar lo que siento y escribirlo como tú lo haces, escribiría también una novela triste

y te la dedicaría. ¡Pero cómo podría yo retratar a mi amado como tú retratas a tu María Jesús? ¡Ah! como se pudiera enseñar lo que tú sabes! Te buscaría de maestro para que me enseñaras a decir en verso la amargura de mi pena; en versos como los tuyos, que hacen dolor el corazón y estremecer el alma.

Atala.

CAETA A UNA INCOGNITA

Me llega vuestra carta, amable desconocida, en horas dolorosas de la más lacerante tristeza: leía mi Samain, en "Aux flancs du Vase", al claror de esta luz cenicienta de crepusculo invernal, cuando recibí sus líneas tan dulces, consoladoras y amicales! Gracias! por el intenso bien que me han traído, incógnita amiga, y porque ellas son una como sutil emanación de su alma que amo por pura y amorosa.

Su pobre amigo está más solo y triste que siempre; mi soledad y mi tristeza son, como un negro calabozo, y no tengo a mano, por desgracia, a aquella cuya voz sea bálsamo piadoso y consuelo oportuno... Ha leído Ud. — me dice — mis pobres versos; crónica, valen poco: pálido esbozo de un sueño, débil expresión de anhelo desmesurado, melifluido balnear de quimeras acribilladas, temblorosas frases grávidas de amargura y de misterio; y, sobre todo, un corazón desnudo, sincero, sangrante y palpitante: eso son mis versos; aquellos y, acaso, un poquito más, de mis dolores íntimos de los que sólo confío a la música llorosa del Ritmo.

Sus palabras consolatorias me hacen mucho bien; cómo agradeceréscas! Tiene Ud. una ternura de hermanita menor, mi buena amiga y por eso le perdono no saber su nombre ni conocerla. Cítole, a propósito, un verso de mi Samain, el melódico poeta querido por mi corazón entre muchos:

L' amour inconnu est le meilleur (amour)....

¡Verdad que el amor desconocido es el mejor amor, como dice nuestro suspirante poeta?

De mí, sé decir que mi amor, el gran amor de mi vida es hacia una Desconocida. ¡Qué nunca besaré sus ojos? ¿qué no serán mis ojos los suyos? ¿qué quiza no existe?... Y bien ¡qué!... Es tan dulce este amor que no se estufa, como un aroma, hacia la estrella distante, que nunca alcanzarán nuestras manos!

Hábleme de su vida; escribame siempre, estoy solo, estoy triste; necesito de su compañía espiritual.

Envíeme mi pensamiento más puro y noble de este día: reñalo como quien recibe una rosa fresca.

Medardo Angel Silva.

FLOR DE PAZ

Europa, en la convalecencia, tiene todas las características de un convaleciente intelectual, a quien toda enfermedad torna profundo.

Después de una larga enfermedad, ha florecido en Europa la más perfecta inquietud intelectual. El movimiento de ideas, ha sido como el de la naturaleza en Otoño. Ved cómo en las hojas secas, los ganchos podridos y los frutos añejos, remedios por un viento helado, empapado en lágrimas. Ved cómo el paisaje se despeja y, después de los vientos que arremolinan los despojos, cómo llega el sol hasta las raíces, y cómo se siente ya venir el crepusculo decorado de carmín, y se presiente la aurora fresca, venir, a manera de bendición, sobre las siluetas enlutadas del paisaje.

Pero así, queda mucho por andar. Al Otoño sucederá el invierno. ¡Y qué desolación cuando ya la crudeza se haya refinado y no haya calor en las almas; porque hubiera huido en la punta de los cuchillos! El recuerdo como punta diamantina, hará fibras los corazones, y la muerte tendrá una sonrisa despiadada para los huérfanos.

Pero es más. La primavera reserva un cáliz para que florezca el dolor, y la inquietud intelectual de Europa tomará las formas de esa flor: de un lirio albo o de un cardo erizado. Pero será pura y legítima flor de primavera. Flor regada con lágrimas, flor de síntesis, de amor, de

odio de amargura; símbolo de miserias, flor de paz abierta sobre el campo rojo, como cien labios rosados para una oración.

Y aún más. Vendrá el sol de verano a sazonar los frutos. Y el invierno de Europa, fruto de síntesis, se freerá como un obsequio de amor, las semillas del genio; más grandes y extrañas que las fueron nunca en la tierra.

JACOBO NAZARE

EL JUICIO FINAL

Cuando el alma abandonó el cuerpo un ángel tomó en sus brazos y lo condujo a un lugar desierto, gris y triste. Una voz atravesó entonces la bruma impenetrable que lo cubría todo y exclamó:

—¡Juzgáte a ti mismo!

Y ante el alma empezó a correr un río que en vez de agua arrastraba una corriente de lágrimas, pero a pesar de que era de lágrimas, la corriente aquella era turbia. Y el ángel dijo:

—Mira, son las lágrimas que has te correr cuando vivías en la tierra.

Y el alma respondió:

—Tienes razón, pero mis lágrimas corren también mezcladas a esas lágrimas.

Y por tres veces el ángel dejó su voz, y por tres veces el alma respondió:

De pronto, el agua turbia del río tornóse profunda y límpida como un cristal. Y el ángel dijo:

—Son las lágrimas de tu madre.

Y el alma, ocultándose la faz, respondió:

—He ahí mi verdadero pecado, que mis lágrimas no corren mezcladas a ellas.

Kazimierz-Przerwa-Tetmajer.

Polaco

CUADERNO

Cuaderno, cuaderno en que la Amada copia mis versos y dibuja flores... Eres como una rúsea perfumada donde se fuera hilando, poco a poco, toda la buena seda de mi alma.

Cuaderno,

en qué oculto cajón

de quien sabe qué mueble y en qué

te encontrarán las manos revoltosas

de nuestros hijos? (Ella tendrá tu

tus ojos sobre todo; él hará versos

Y abrirán el misterio de sus páginas

un poco amarillentas por los años,

recitarán mis versos en voz baja

y asombrándose luego, tal vez digan

—¡Mira, papá y mamá, cómo se

—(hat)

FERNANDEZ MORENO.

POR LA MADRE DE UN POETA

Se ha organizado en Guayaquil el Comité "Silva", con el objeto de secundar la iniciativa de EL TELEGRAFO, tendiente a coleccionar poemas por socorrer a la madre del poeta Medardo Angel Silva, cuya dolorosa desaparición ha sido tan sentido en la sociedad, ya que sus producciones literarias en verso y en prosa eran todo un exponente de las habilidades excepcionales que adornaban en vida al eximio lirista adolecente.

Concretándose al objeto que a las personas que han emprendido tan noble como justiciera acción fines humanitarios, cual es la organización de ese Comité que se encargará de hacer un llamamiento a todos los buenos ecuatorianos para que memoria del poeta muerto traspasamente en momentos de desdicha, cual significa un reto despiadado a miserias de la vida, contribuyan con su obolo, creemos que hallará favorable en todas partes de la pública.

Y al aplaudir tan generosa iniciativa, de suyo altamente simpática, halagada por los fines que persigue, séanos permitido dirigir una frase de encomio para los autores de este proyecto en referencia. En la que a nosotros se refiere, diremos que estamos dispuestos a secundar la laudable empresa.

(Los Andes —Riobamba).

MYRTIL ET PALEMONE

D'Albert Samain.

Myrtill y Palemona, niños que los pastores adoran, se persiguen por el jardín sin flores, y hacen huir ante ellos en fuga de plumajes la flía grave y solemne de las ocas salvajes. Myrtill que a Palemona ha vencido en el juego contra el pecho la oprime lleno de ardiente fuego; más se crispa al sentir bajo las telas finas palpitantes los encantos de formas femeninas que temblantes se hincan como globos desnudos y dóciles se amoldan bajo su: dedos rudos.

Cesa el juego... Un misterio presente con delicia y grave, las acaricia y siempre las acaricia.

J. A. Falconi-Villagómez.

"Au Planc du Vase".

Dionisio PEREZ.